

Lo que quieren

Aquellos hombres que forman coro: la canalla que *impolíticamente* hace mangas y capirotos de todo lo divino y de todo lo humano; que lo mismo en mítines que en presidios dicen y hacen cosas tan estupendas como las que escuchan a son de platillos de sus camaradas los *exóticos extranjeros, de la raza satánica*; que quieren a pura fuerza aquí en España dejarnos ciegos y sordos para que no veamos ni oigamos nada de cuanto ellos enseñan en la *realidad de lo inconcebible* y de lo que moralmente es imposible en buena lógica castellana; cuando finalmente esos extravagantes, malos engendros de una política casquivana que no da otros frutos que los del desengaño más funesto y que colocados en sus poltronas viejas y carcomidas, despotrican de lo lindo sin respeto a lo más sagrado, yo sin ser vidente ni profeta puedo afirmar, sin temor a duda alguna, que lo que quieren esos señores de la cáscara amarga y del gorro frigio, es precisamente el abandono absoluto de todo lo más noble y digno de una conciencia cristiana, la destrucción de la Patria y de la sociedad, llevadas a cabo mediante una secularización universal de todas las instituciones.

Esos charlatanes de oficio que dicen más mentiras que palabras y que en todo se mezclan y entrometen sin saber nada de la verdad histórica de los sucesos tal y como son, no como ellos quieren presentarlos; los que a cada momento tienen en sus labios las palabras orden, justicia, derecho y dignidad, esos y no otros son los grandes embusteros que han engañado y embrutecido a una gran parte de nuestra sociedad a la que han prometido las delicias de un paraíso fantástico a cambio de la amargura y de la destrucción de todo lo existente, único medio, según esos *fariseos* de la política socialista, de allanar todos los caminos y superar todos los obstáculos para llegar sin tregua ni descanso a la meta de sus deseos, que es... ¿sabéis cuál? hacer de la humanidad una manada de fieras silvestres, para que unas a otras se fueran devorando poco a poco.

Y sin duda que a esto aspiran y esto quieren los corifeos socialistas, anarquistas, melquiadistas, blasquistas, lerrouxistas, y tantos otros emparentados con las familias de estos nombres tan conocidos de todos.

Dicen esos falsarios de la humanidad: queremos mucha libertad e independencia, y así nos estorba cualquiera autoridad que nos humille y anonade, venga de donde quiera; no nos hace, pues, Dios falta para nada, ni queremos sus leyes ni sus reyes, ni la Igle-

sia ni sus códigos, pues todas estas cosas nos imponen deberes, y nosotros sostenemos la libertad absoluta de la razón para todos los derechos, con exclusión de todos los deberes; queremos pues, matrimonio civil, cementerio civil, escuela sin Dios, libertad de cultos, y después, con la supresión del presupuesto del culto y clero, llegar a la separación de la Iglesia y el Estado.

¿Qué quieren, pues, nuestros enemigos? La secularización en todo; que Dios no se nombre para nada y que la Iglesia y sus ministros se aniquilen.

¡Alerta católicos españoles!... ¡Vigilate et orate! Pues si nosotros no despertamos de nuestra indiferencia, si seguimos inactivos, sin fecundar la acción social en el campo de la lucha, tal vez el cuadro triste que presenta Portugal se reproduzca en nuestra amada España.

¡Que Dios esté de nuestra parte!

EL DOCTOR CARABINO

Abolición de la pena de muerte, secularización de los cementerios, escuela laica o atea, separación de las leyes civiles de las religiosas, extinción o reducción de las asociaciones religiosas, etc., etcétera.

Parece que nuestros gobiernos liberales no tienen más misión que la de ir ensayando en nuestra patria, con un cuarto de siglo de retraso, todo lo que va fracasando en el resto de Europa.

Ni vergüenza siquiera

Estamos acostumbrados a sufrir grandes vergüenzas

Los que la tenemos a causa de los escándalos, harto frecuentes, promovidos por los padres de la patria.

Yo no sé si fuera de España habrá quien se ocupe de nosotros, aunque sea nada más que de nuestros hombres públicos; yo creo que en el extranjero ni para risa se quieren oír de nuestras cosas, como no sean algunos judíos de allende el Pirineo que tienen interés porque hagamos el ridículo aquí en casa, mientras ellos van muy divertidamente en el machito de África.

Hemos perdido aquel poderío que en otro tiempo hizo que el nombre de España fuese oído con reverencia aun por los monarcas más poderosos; hace un siglo que en el concierto de las naciones no se tiene en cuenta a España; perdimos las colonias, y el cómo no lo sabemos o no lo podemos decir, porque vivimos en época de *plena libertad*; hemos perdido todo; no nos quedan sabios, ni guerreros, ni estadistas. ¿Pero nos quedará siquiera mucha vergüenza por haber perdido todo eso? Ni vergüenza, con ser lo último que se pierde.

Cuando un pueblo siente en su rostro la llama de la vergüenza, todavía es capaz de un gesto noble; quizá estará llamado a morir, pero morirá como mueren los valientes.

Pero un pueblo que sufre sin avergonzarse, que desde el trono de la gloria le abaten al abismo de la ignominia, después de haber azotado sus carnes con el látigo de la tiranía, no solamente está destinado a morir, sino morirá como los villanos, que no saben volver por su honra, porque la juzgan de menor precio que su estómago. ¡Y entre los políticos de España debe haber estómagos que valen más que a peso de oro!

Yo me figuro que todos los políticos españoles son un inmenso acervo de estómagos, unos bien llevos y otros con muchas ganas de llegar a alimentarse en las ollas de Egipto. ¿Quién es Fulano? Un estómago repleto. ¿Quién es Zutano? Un estómago hambriento, que aspira a sentarse en la mesa de Camacho.

Y los inteligentes capitanes, y los diplomáticos sagaces, y los hábiles gobernantes de España ¿dónde están? ¡Ah! Aquí no hay nada de eso; aquí tiene usted mucho estómago, pero cabeza no la tenemos.

Y esto es vergonzoso para los que tenemos el mal gusto de llevar vergüenza en pleno siglo XX, cuando la vergüenza es una mercancía que estuvo de moda en tiempos de la tiranía romana. Entonces cada *quisque* tenía que llevar su buena dosis de vergüenza, pero ha andado mucho el tiempo, y hoy se ha sustituido con mucha ventaja por la despreocupación.

Todas estas consideraciones me las ha traído a la memoria el escandalazo del Congreso de diputados, donde, en medio de espantosa confusión, se oían gritos de «Aquí no hay formalidad ni vergüenza».

JUAN SINCERO

El soldado español

(FRAGMENTOS)

Al hombro un mal arcabuz,
y al cinto la vieja espada
que en las torres de Granada
brilló al lado de la cruz;
sedientos de gloria y luz
cruzando van el Tirol
en animosa cuadrilla;
son los hijos de Castilla,
Es... el soldado español.

España, patria bendita;
alza del polvo la frente:
aún hay algo en tí que siente,
aún hay algo que palpita.
—¿Por qué rébulle y se agita
esa varía muchedumbre?
¿Por qué en sus ojos la lumbre
del entusiasmo fulgura,

y olvida tu desventura
y alienta en tu pesadumbre?
¿No escucháis? son las cornetas
y el rodar de los cañones,
y el piafar de los bridones,
y el sonar de las trompetas;
en las blancas bayonetas
con cambiantes de arrebol,
quiebra sus rayos el sol
cual destellos de esperanza;
es él, que brioso avanza
¡el Ejército Español!

¡El mismo! Mientras la espada
brille de la cruz al lado;
mientras adore el soldado
po madre a la Inmaculada;
mientras palpita inflamada
en su corazón la fe;
mientras del altar al pie
sus almas rinda ante el sol,
el Ejército Español
será lo que siempre fué.

Hijos de la patria mía,
valerosos militares;
¡en torno de los altares!
¡a las plantas de María!
Y cuando la patria un día
por su integridad batalle,
que en acorde santo estalle
si queréis que triunfe España,
el cañón en la montaña
y la campana en el valle.

X

Reparos

—Oye ¿no has cumplido todavía en la parroquia?

—Lo hice ya el año pasado.

—¿Y éste, no cumples?

—Ya han ido mi mujer y mis hijos.

—Casi podías excusarte también de comer, porque ya comen ellos, y por cierto que con apetito.

—Hombre, no hay que exagerar las cosas.

—¿Es que tienes como más importante el pan para el cuerpo que Jesús Sacramentado para el alma?

—Si pienso ir a cumplir en parroquia también en este año.

—¿A cuándo esperas? Mira que ya han cumplido los enfermos.

—No todos; pues quedamos aún muchos que andamos por la calle y estamos llenos de miseria y cobardía.

—También a vosotros os llama el Señor; pero como podéis ir por vuestro pie os espera en el Tabernáculo de sus amores. Levántate y anda hacia Él.

(Hay muchos hombres que tienen fe, pero hay que «empujarlos» hacia Jesucristo, para que curen la «debilidad y parálisis del alma»; enfermedad muy extendida en los católicos que nadan entre «dos aguas».)

El pecado vistió al cielo de luto, al infierno de llamas y a la tierra de abrojos. El fué el que trajo la enfermedad y la peste, el hambre y la muerte, sobre el mundo. El, el que cavó el sepulcro de las ciudades más inolitas y llenas de gente. El presidió los funerales de Babilonia, la de los ostentosos jardines; de Nínive,